

LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ

NOCHEBUENA

Apuradas las heces del deleite, él se quedó dormido con los brazos apoyados en la mesa, mientras una joven, con el rostro desfigurado por los amagos de la borrachera y descubiertas las morbideces del seno tentador, le bautiza vaciándole sobre la cabeza una botella de *champagne*: sentada en el suelo aparece otra mujer, con los brazos caídos, la ardiente boca entreabierta, los ojos fijos: allá, en el fondo, se dibuja la silueta de un hombre que se apoya en la pared luchando contra el mareo: debajo de la mesa se ven dos piernas femeninas.... Aquello parece el rincón más secreto de un manicomio....

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,...

¡*Excelsior*, voto á Dios!... Gocemos, puesto que la sangre moza reclama un puesto en el banquete de la bacanal humana y el Almanaque también prescribe la alegría; demos de lado los torcedores recuerdos del ayer, levantemos la copa bienhechora del contento para brindar por el porvenir, por las esperanzas vírgenes, por todo lo que aparece engalanado con los orientalescos hechizos de la promesa.... y celebremos con una careajada la muerte del año que está agonizando. ¡Ha llegado el momento solemne de reír!... No son únicamente los hijos que viven al amparo de sus padres y los burgueses mimados de la fortuna, para quienes la existencia es como jardín amenísimo ó plantío ubérrimo de bienandanzas ó lago sin tempestades ni peligros, los únicos que tienen derecho á celebrar la Nochebuena.... También los desheredados de la suerte, los que cruzan el mundo zarandeados por los furiosos vaivenes del vendaval de la vida, los bohemios, sin patria, sin hijos y sin hogar, tienen su Nochebuena.

¿Per qué no?... Somos cosmopolitas y en nuestra patria no se pone el sol; el hogar se improvisa; el cariño de los hijos, la ausencia de los padres, se remedian con el amor de la mujer.... Con abrazos que enardecen la sangre, con besos que escandecen los labios, con apasionados juramentos que enloquecen el cerebro y acicatean el corazón con oleadas de fe.... La mujer es nuestra redentora: la mujer que canta y ríe y aturde sugetándonos la cabeza entre sus manos para impedirnos mirar hacia atrás; y si la mujer no bastase, sumemos á los deleites de la pasión los placeres de la mesa y bauticemos el amor con vino.... ¡Segador celestial de recuerdos!...

¡Ande, ande, ande
la marimorena!
¡Ande, ande, ande
que hoy es Nochebuena!...



15 CÉNTIMOS



NOCHEBUENA ARISTOCRATICA

(CON QUIÉN Y SIN QUIÉN)

Después de la Misa del gallo, celebrada en el oratorio y oída con más recogimiento que una comedia del teatro antiguo en lunes clásico, los invitados de la marquesa de San Severino pasaron al comedor.

La fiesta era de pura intimidad; la marquesa había limitado la invitación á las personas más allegadas de su familia y á unos pocos amigos predilectos.

Entre todos no pasaban de quince.

—La Nochebuena es una fiesta de familia. Todo el año vive uno de esperanzas, abierto el corazón al primero que llega; hoy quiero recogerme en los recuerdos: sé que todos ustedes me acompañan esta noche porque me quieren de verdad, y yo á su lado me considero muy dichosa.

Los invitados asintieron graciosamente al cumplido.

—¡Ya lo creo! ¿Dónde mejor podía pasarse la señalada noche?

—Así, así, pocos y buenos.

—*Il faut serrer les rangs*, querida marquesa!

—*Home, sweet home!*

Y rebosantes de expansiva satisfacción, dispusieron á celebrar con alegría la Noche que, según el poeta,

envidia dar pudiera
al más luciente día.

Pero á pesar de tan propicia disposición, lo cierto es que todos parecían tristes y preocupados, como si estuvieran con el alma en donde quisieran estar en cuerpo y alma.

El saque de la conversación correspondió, como siempre, al insigne Manolo Borines; pero perdió el tanto de salida, sin peloteo. Secundó con más fuerza, apuntando una historia escandalosa y tampoco le atendió nadie. Desalentado, desistió de su empeño y llamó á los criados para que le sirvieran por segunda vez de un exquisito *turbot* con salsa *dieppoise*.

La conversación desmayaba y caía á cada paso, mal sostenida por lugares comunes y frases de ocasión, sin espontaneidad y sin gracia. Las risas no eran francas ni sonoras; parecían desgarraduras dolorosas y terminaban en un ¡ay! como aliviador suspiro. No había duda; neblina de tristeza abrumaba el ambiente. Era como una obligación aparentar regocijo y nadie refle-

jaba siquiera cortés agrado. ¡Pobre marquesa! ¡Ella que, según frases de revisteros, poseía como nadie el don encantador de que las horas parecieran minutos en su casa! Bien asegura la superstición vulgar, que la noche del Nacimiento del Hijo de Dios nada pueden maleficios ni encantos. Porque no se hallaban encantados, ciertamente, los invitados de la marquesa. Ella, con su bondad confiada, había creído que pasarían una noche agradable á su lado, y ellos, por no desairarla, estaban allí, forzados de los deberes sociales, estaban allí.... y con el pensamiento muy lejos. Con quién y sin quién, porque cada uno por su voluntad, por su gusto, hubiera pasado la Nochebuena en otra parte, donde le llamaban ó el amor ó el capricho ó la diversión; la virtud ó el vicio, un móvil cualquiera, pero más atractivo, más fuerte que la cortesía social, y así pensaba cada uno; el marqués de San Severino, el dueño de la casa, esposo tranquilo de la bondadosa marquesa, el primero:

—¡Qué ocurrencia la de mi mujer! ¡Me aburren estas fiestas de familia! Tener que estar aquí toda la noche, sentado entre mi tía, la venerable condesa del Encinar del Valle y Josefina Montero, prima carnal, es decir, prima *ósea* de mi mujer. ¡Porque cuidado si está delgada! En cambio mi tía.... ¡Para cuándo son los empréstitos! ¡Qué aburrimiento! Mi tía sólo habla de comer y de beber y la primita.... de arder. La una dice que el escaparate de Lhardy está hermoso estos días; la otra dice que *Paul Bourget* se amana, que prefiere á *Paul Hervieu*. ¡Me vuelven loco! A estas horas estarán cenando en casa de la *Chipilina*. ¡Allí sí que se divertirán! ¡Si esta gente tuviera la feliz ocurrencia de marcharse temprano!

Así *monologuaba* el dueño de la casa, el ilustre marqués de San Severino, y la primita espiritual á su vez pensaba: —¡Qué idea la de mi prima! ¡Noche más aburrida! Mi primo es un bárbaro, no se le puede hablar de nada. A estas horas estará Federico en casa de los de Vivares. Allí sí que hubiera ido yo de muy buena gana.... ¡Pero la familia!.... ¡Si Pilar hubiera sabido que yo no venía á su casa por ir á casa de los de Vivares!

La marquesa del Encinar del Valle *grosse gourmande*, opinaba como el sacerdote de la Bella Elena,

que en la mesa de sus sobrinos había *trop de fleurs* y en cambio el *menú* dejaba mucho que desear. Muy artístico el espejo con marco de orquídeas, violetas y lilas blancas, muy caprichosa la góndola de porcelana de Sevres y los pastorcitos de *Watteau* mirándose en el espejo como en un lago amoroso del país azul de Cite-rea, pero los *filets de volaille* eran abominables.

La verdad, mejor le hubiera estado ir al *reveillon* de *misses Bryan*. Allí se comía.

La condesita del Robledal, figura elegantísima, de una raza soñada, exótica en todas partes como una quimera de artista, pensaba... en lo imposible; en una cita misteriosa con un sér ideal, en poesía sin palabras y en músicas sin sonidos, como los amores que ella soñaba, sin caricias, sin besos, aroma purísimo de flores inmarcesibles. ¡Triste condesita! ¡Cuántos tropezones había dado, por ir mirando arriba! Aquella noche misma, con qué poco hubiera forjado un ideal, como niña que con un pedazo de trapo forma un muñeco y en él pone ternuras de madre. El trapo con que había formado su último muñeco, dormiría á la hora aquella ó quizás estaría de cena con sus compañeros, en el cuarto de oficiales de un cuartel de húsares, pero de húsares de Pavía, con uniforme color de cielo... y allí, allí estaba fijo el pensamiento de la marquesita soñadora, mientras cenaba desentendida de cuanto la rodeaba.

A su lado Manolo Borines, con la cara congestionada y la expresión de vaguedad idiota del predestinado al reblandecimiento, pensaba como el marqués, en la *Chipilina*, en la juerga que habría en aquella casa y lo gustoso que se hallaría en ella. ¡Digo! ¡Qué mujeres! ¡La francesa había prometido bailarles una *quadrille* con el *grand ecart*. Seis mil francos se había gastado en *dessous* para la circunferencia. ¡Y perder él aquello por cumplir con la marquesa! De reojo miraba al marqués como si quisiera decirle:—Si esto concluyera pronto, podíamos hacer una escapada, el marqués le comprendía y miraba el reloj impaciente.

Paco Noguera, literato de salón, protegido de los marqueses, que le costeaban las ediciones de sus poesías, pensaba con tristeza en sus hermanas, dos pobres muchachas que sufrían en casa mil privaciones mientras él brillaba en fiestas y en veladas aristocráticas. Dos tristes vidas sacrificadas para que él luciera; ellas planchaban con mil afanes las camisolas limpiísimas del hermano; ellas vestían unas faldillas pardas y no podían salir á la calle bien abrigadas, para que él vistiera un frac bien cortado y se abrigara con gabán de pieles, y el poeta, brillante luz sostenida por el pábilo consumido de dos existencias sacrificadas, pensaba en ellas con remordimiento, pensaba en la cena miserable de sus pobres hermanas.

Lola Montero, pensaba en que Isidoro Torres cenaría en casa de la condesa de Fondelvalle, y en que la condesa quería casarle á todo trance con su hija... y en que ella debía estar allí ó Isidoro en casa de los de San Severino, y los nervios alterados no la dejaban sosegar ni atravesar bocado... Y así todos, con el pensamiento lejos y el alma donde quisieran haber estado en cuerpo y alma.

Y la dueña de la casa, tan satisfecha de ver reunidas á su alrededor á las personas de su cariño. Sólo dos le faltaban, su hermana, la marquesa del Robledal, venerable señora, consagrada por entero á la devoción, una santa, una verdadera santa, y otra... de quien no quería acordarse, su cuñadito, el condesito de Santa Elena... de quien más valía no hablar... Pasaría la Nochebuena rodeado de toreros y perdidos en algún Colmado, ese estaba fuera de la sociedad... y de todo.

La marquesa, en su bondad placentera, no podía pensar que las dos personas que faltaban á su mesa aquella noche, eran las dos únicas personas felices. Una por sublime virtud, otra por los vicios más abyectos, eran las únicas que rompían la monotonía vulgar de la vida, las únicas que dejaban sobresalir su propia vida, sobre la vida impuesta por los demás, sacrificada á las conveniencias sociales.

Jacinto BENAVENTE

Boda eterna

(LA NOCHEBUENA DE DON JUAN)

Aquella noche D. Juan estaba dispuesto á echar sus penas por la ventana y á ser feliz, completamente feliz....

Había cerrado las puertas de su casa y después de cenar se sentó en un amplio butacón de cuero, junto á la chimenea encendida, teniendo á su izquierda un velador con varias copas y algunas botellas de Jerez: estaba en un comedor espacioso, decorado con grandes cortinones de terciopelo color rojo oscuro, y muebles de nogal tallado estilo Renacimiento; del techo pendía una lámpara que derramaba una suave claridad lechosa sobre los cuadros, armas y objetos de acero repujado que adornaban las paredes: el piso se hallaba cubierto por una rica alfombra silenciosa y aterciopelada como una recia colcha de musgo; esa capa verde con que la humedad encubre pudorosamente la escueta desnudez de los peñones solitarios. Hasta aquel comedor no llegaba el menor ruido profano; diríase que las puertas estaban cerradas á piedra y lodo, ó que los balcones se abrían sobre la vertiginosa inmensidad del no ser, y que las horas se habían dormido allí, acurrucadas en los ángulos mal alumbrados, ocultas en la penumbra que envolvía los muebles en una leve gasa nimbada....

Don Juan quería ser feliz, con ese contento irreflexivo y turbulento de los veinte años, y bebía, siguiendo los consejos de Hoffman, para procurarse una alegría contrahecha que remediase el incurable des-



—¡Ay, Filiberta, cómo envidio á su marido!....
—¡Cállese usted, Frasquito....
—Porque para él todo el año es Nochebuena.

encanto y valetudinarios apocamientos de su ajaetreada senectud: quería ser feliz algunas horas, una noche no más.... y morir después....

¿Es el regocijo un estado transitorio del espíritu, ó una capacidad innata, ó algo excelente que palpita en la esencia del mosto como germen bendito de la locura y del olvido?....

Don Juan bebió una copa, luego otra y en seguida dos más...., y el vino inundaba su estómago, mezclándose con la sangre, y después ascendía como una oleada delirante de fuego, abrasando sus mejillas, encendiendo ante sus ojos una multitud mareante de puntitos luminosos, semejantes á botones de fuego, que cabrilleaban en la sombra, golpeteando en sus sienes con un eco sordo que aturdió su cerebro, cual si allí fuesen á repercutir los ecos de las inacabables contracciones del corazón, ese misterioso batán de la vida.... Y concluyó por quedarse inmóvil, con la boca entreabierta y el labio inferior caído, como un colgajo inútil que expresaba sed.

A pesar de los años era hermoso aún: con su frente ancha, surcada por el pliegue amenazador de su entrecejo; la nariz dominadora, el mentón saliente, la tez bronceada, el busto amplio y fuerte y su orgullosa apostura de gallo viejo: en su mocedad había reunido la valentía, el apasionamiento y las gentilezas varoniles de un Alcibiades; y todavía se conservaba fuerte, luciendo su porte altanero de dios pagano encanecido.

La borrachera había exaltado la acuidad de sus sentidos dándole la capacidad de recibir impresiones de infinitesimal pequeñez y sus oídos percibían esos ecos, pulsaciones extrañas de la noche; crujidos de tablas, murmurios lejanos, rumores sordos de algo moribundo que se arrastra; y sus pupilas, dilatadas como las de los enfermos que han absorbido belladona, miraban atentamente el fuego que ardía en la chimenea, pareciéndole que en aquellas lengüecillas flamígeras que corrían á lo largo de los troncos retorciéndose en caprichosas espirales y ofreciendo las coloraciones más diversas, había salamandras y gnomos incombustibles, y semblantes diabólicos enrojecidos por el calor, que se recataban tras los cortinajes de llamas ó aparecían de súbito, riendo unas veces sardónicamente, mortificándole

otras con el insolente mirar de sus inyectados ojos de rubios de rubios....

Después D. Juan desentumeció la pereza de su lengua con otra copa de Jerez y empezó á

hablar, quejándose de encontrarse tan solo, tan viejo. ¿Dónde estaban sus queridas pretéritas que no le acudían; dónde sus antiguos amigos; á qué lamentable extremo había quedado reducido la vertiginosa bacanal de su existencia aventurera?....

El desvalido galán se quejaba en voz alta y sus palabras resonaban tristemente, como los acordes de una caja de música que ejecutase una melodía en el frío misterio de un viejo caserón abandonado....

—Yo quiero ser feliz sólo un momento, y morir después....—repetía D. Juan compendiando en aquellas palabras la muletilla suprema de su obsesión: —¡y morir después!....

¿Por qué no serían ciertas las apariciones referidas en los cuentos de brujas para pasmo de materialistas incrédulos?....

¿O era que en el otro mundo, como en este, todos le habían olvidado?.... Levantóse bruscamente, acercó á la chimenea un sillón, el destinado á recibir al visitante extraordinario y tornó á sentarse: con una pierna sobre la otra y los brazos cruzados, contemplando aquellos rostros diabó-



licos que le guiñaban maliciosamente desde el fuego con sus ojos centelleantes de rubíes.... Y las horas pasaban y nadie acudía á sentarse en aquel cómodo sillón de cuero que parecía esperar con los brazos abiertos....

Entonces, D. Juan, comenzó á evocar las dulces remembranzas del tiempo viejo, y aquella serie de nombres de mujeres que fueron recamando de alegres episodios los capítulos de su vida; unas morenas y ardientes; otras rubias, blanquísimas, marmóreas; éstas livianas y tornadizas como él, que aparecían riendo, cual girones placenteros de festines olvidados; aquéllas castas y fieles, que pasaban llorando por él, empecatado sacrificador de virtudes crédulas....

Pero D. Juan sólo pensaba en una; se despidió de ella la víspera de emprender un largo viaje y no había vuelto á verla; pero aún se le representaba con su falda azul, su chaquetita grana, su abundosa cabellera negra coquetamente recogida sobre la nuca; y siempre la veía de espaldas, alejándose de él, después de darle el último adiós; todavía sus pupilas conservaban la imagen de aquel cuerpo querido, y sus oídos el eco de aquellas pisadas inolvidables, y su olfato el perfume de aquellos vestidos.... Ella había muerto, y siempre, al recordarla, la veía así, de espaldas, saludándole con la mano, caminando inconscientemente hacia lo infinito. Luego soñó muchas veces con ella, ¡muchas!.... y otras tantas el cuerpo de la muerta durmió con él: mas nunca aquellos desposorios fantásticos fueron agradables; siempre se la representaba fría, amortajada, con las manecitas cruzadas sobre el pecho, en la rígida actitud de las estatuas yacentes que adornan los monumentos sepulcrales. Aquella noche D. Juan quería verla; nunca se había encontrado tan triste, tan solo, ni tan viejo como entonces.... y necesitaba hablar con ella mediante un milagro inaudito, aunque la eternidad volviera á abrirse entre ambos.

—Yo quiero ser feliz sólo un momento, y morirme después....—repetía D. Juan con el testarudo ahinco del borracho.

Su embriaguez crecía; las salamandras y los gnomos diabólicos danzaban en el hogar cogidos de las manos, bailando alrededor del fuego un aquellarre disparatado; el piso del comedor y las severas colgaduras de las ventanas se movían gravemente, y D. Juan, asustado, se oprimía las sienes, como queriendo atajar con sus manos el delirante hervor de su cerebro. Cuando algo más sereno se resolvió á entreabrir los ojos, vió á la fría desposada de tantas noches de amor, sentada delante de él, en aquel amplio sillón de cuero que parecía haberla estado esperando con los brazos abiertos. Estaba vestida de blanco, envuelta en una gasa sutil semejante á los peplos vaporosos con que cubrían sus virginales desnudeces las sacerdotisas romanas, y á través de la cual se veían las costillas de su esqueleto y las negras oquedades del cráneo.

—Soy yo, D. Juan—dijo—que acudo á tu llamamiento exponiéndome á la cruel probabilidad de no gustarte....

El la miraba atónito de tenerla tan cerca de sí, hablando con su pastosa voz de antaño, intangible y frágil como un retazo de neblina. ¡Oh!.... ¿Qué había sido de aquel cuerpo tan amado? ¿Dónde fueron aquellos pechos turgentes de virgen salvaje que ha crecido desnuda, y aquel talle esbelto, y aquellas caderas y aquellas piernas de líneas impecables? ¿Qué se hicieron de aquellas manos juguetonas y soboncitas, de aquellos brazos que tantas veces se enlazaron amorosamente á su cuello, de aquellas carnes tibias, bañadas con el lujurioso matorral de la juventud?.... ¿Quién devoró sus undosos cabellos, sus ojos rasgados de morena

sensual que se dormía mirándole, y sus riseteros labios de niña feliz?.... Y D. Juan sufría una irrefrenable conmoción de pavor viendo aquel esqueleto inmóvil y aquella calavera que parecía burlarse de sus preguntas con la risa interminable de sus mandíbulas descarnadas....

—¿No me quieres, D. Juan?—murmuró ella.

—Sí, mucho—repuso él echando la cabeza hacia atrás con ademán desesperado:—quiero volver á tí y que tornes á ser mía.... ¡He soñado contigo tantas veces!.... y ya que el Destino me condena á ello, amaré tus huesos, esos huesos que vistieron antaño aquellas carnes incomparables que yo adoré.... Dime, dime si yo también te agrado; dime si los muertos se acuerdan de los vivos y explícame esa existencia que disimula el misterio impenetrable de las losas sepulcrales; dime si también el sueño de la muerte tiene pesadillas....

Pero ella repuso con acento de femenino zalamería:

—Ven, D. Juan, que aún guardo caricias para tí, y aún arden en los tuétanos de mis pobres huesos los represados ardores de mi juventud malograda; ven, que todos ellos serán para tí.... Ven, D. Juan, á reposar junto á mí tu vejez fatigada, ven á renovar entre mis brazos nuestras horas de amor; ven, ven. . . .

Y D. Juan se sentó sobre las rodillas de su amiga sin que sus carnes sintiesen las duras angulosidades de sus fémures escuetos, que crugían con el ruido desapacible de las cañas viejas que se quiebran, y se estrechó afanoso contra la armazón ósea del tronco, buscando un residuo de calor y de pasión que la muerte se hubiese olvidado de extinguir; y mientras ella le enlazaba sus brazos al cuello, D. Juan colocó su mano febril sobre el occipital mondo y limado del esqueleto cuya calavera brillaba con los marfileños reflejos de una bola de billar, atrayéndola hacia sí; restregando contra sus pómulos ásperos sus mejillas ardorosas, aplicando sus labios sobre aquellas mandíbulas aristofanescas que reían siempre, buscando un rayo de luz en el fondo de aquellas oscuras cuencas orbitarias.

Pero de aquel sueño no despertó; fué el último, el que se duerme en la noche sin amanecer de la nada; se había acostado con la Muerte y celebrado con ella el desposorio eterno.... ¡Esa boda trágica en que no se conoce el adulterio!....

Eduardo ZAMACOIS

¿PAREJA?....

CONJUNCIÓN ROTA

Disculpas los agravios que me infieres,
y tus protestas son nuevos agravios.
Menos torpes que tú, nunca tus labios
saben decir lo que decirme quieres.

¿Que por amor faltaste á tus deberes?....
Yo digo que te quedan los resabios;
que, en eso de faltar, sois unos sabios,
de saber muy ladino, las mujeres.

¿Y aún hablas de tu amor, cuando pregunto
por la vileza en que te hallé, y altiva
pretendes ser de la virtud trasunto? ..

¿Qué amor pudo sentir una lasciva
que subastó su honor y.... ¡Hagamos punto
en esta conjunción copulativa!

¡VUELVE!

Vuelve, ¡vuelve, Mimi! Todo te espera
de nuestro amor en el risueño nido:
el pájaro, delicia de tu oído;
la paloma, que fué tu compañera.

El blando confidente, que lo era
de la pasión más tierna que he sentido,
y el púrpura almohadón, suave y mullido,
que perfumó tu fina cabellera.

¡También te espero yo! Yo, que perdono
resignado tu falta licenciosa....

¡Si no puedes querer, serás querida!

¡Ven! Todo llora aquí por tu abandono.
¡Vuelve, te necesito, niña hermosa;
sin tí no puedo soportar la vida!

J. JURADO de la PARRA



Desde París

Con motivo de las festividades de Nochebuena, empieza á modificarse el aspecto habitual de los grandes almacenes, que en esta época del año se dedican principalmente á la venta de baratijas infantiles. El Louvre presenta una exposición admirable de juguetes; en los escaparates, profusamente iluminados, hay caballos de cartón, soldados de plomo, muñequitas emperegiladas cual si fuesen mujercitas aristocráticas, con ricos sombreros y trajes de seda, confeccionados escrupulosamente con arreglo á los últimos figurines; y en el centro de uno de los patios del *babilónico* almacén han colocado un árbol de Noël, un pino gigantesco, que gira lentamente haciendo desfilarse ante los ávidos ojos de los niños, los tamborcitos, espadas, nacimientos y polichinelas que cuelgan entre sus ramas.

En esta época la costumbre convierte á los niños en tiranuelos omnipotentes, y no hay quien ose regatearles su hegemonía: ellos, que lo saben, usan y abusan de su efímera preponderancia y por todas partes se ven matrimonios felices que recorren los bazares, precedidos de su prole y cargados de juguetes.

No hay fiesta humana, sin embargo, que no se halle adornada con las puntas y ribetes del pecado; y como los curiosos se agolpan en los almacenes atraídos por las novedades que en ellos se exhiben y esta aglomeración de personas estrecha las distancias entre los concurrentes, enardeciendo á los tímidos y facilitando la proyección de requiebros, de miradas insinuantes y de significativos rozamientos, resulta que, mientras los niños se divierten cándidamente con las muñecas con cabeza de cartón, ellos y ellas juegan también....

A los hom-



bres viciosos con dinero y á las mujeres sin cabeza....

En esta época no puedo sustraerme á la nostalgia de la patria: recuerdo la Misa del gallo y las castas francachelas con que se celebra esta Noche en algunos pueblos andaluces que he visitado, y las orgías corridas en Madrid á la salida de los teatros, con amigos de famosísimo humor y coristillas sin pretensiones.... ¡Está todo aquello tan lejos!....

Los estudiantes y las *grisetas* del Barrio Latino, que gozan esa vida bohemia de los vagamundos sin familia y sin casa, también se disponen á pasar divertidos la Nochebuena y á consolarse mutuamente de su soledad y desamparo: y no es extraño ver por las calles grupos de gente moza que va cantando á coro una cancioncilla báquica, que repite siempre el mismo estribillo:

Bebamos y cantemos
las excelencias de la mujer y del vino.
Bebamos y cantemos
que mañana moriremos....

El pensamiento no puede ser más vulgar, puesto que desde que los discípulos de Epicuro pasearon por el mundo su filosófico desenfreno, no ha habido baile ni festín en que no se haya dicho algo semejante. Pero, de todos modos, conmueve agradablemente el ánimo ver que el regocijo no huye de la Tierra, sino que vienen nuevas oleadas de alegría con las nuevas generaciones, y el loco contento de estas muchachas que recorren las calles como bacantes ébrias y entre pelotones de estudiantes que las pellizcan y las besan, cantando las excelencias de la mujer y del vino, y como mofándose de la muerte bajo el melancólico abovedado de este cielo gris....

* *

Los periódicos belgas refieren la muerte de un famoso payaso que figuró hace años en los carteles de los principales circos de Europa con el pseudónimo de Won-Wall.

Nada se sabe en concreto acerca de la nacionalidad de este singular personaje, pues mientras unos le creen natural de Escocia, otros aseguran que nació en La Haya, allá por los años de 1829 á 1830.

Varias revistas alemanas han publicado su retrato: era un viejecillo seco de rostro, de frente alta orlada de cabellos blancos, nariz aguileña y boca de labios finos que imprimían á su semblante una picante expresión de burla.... Es una fisonomía que después de mirada una vez ya no se olvida; tiene esa animación extraña que ilumina el retrato de los grandes hombres; es la cara enérgica de Schopenhauer alegrada por los ojos reideros de Voltaire.

Sus biógrafos refieren algunas anécdotas curiosas que, de ser ciertas, demuestran que los verdes años de Won-Wall fueron fecundos en amorosos episodios, y que su juvenil gentileza debió de rayar muy alto y de rendir muchos corazones femeniles. Aseguran que una noche, en el momento de salir del Circo Principal de Bruselas, en donde trabajada á la sazón, se le acercó el espolique de un coche particular que á pocos metros distante de allí se parecía, preguntándole en voz baja y con marcado recato, si era el señor Won-Wall.

—Yo soy—repuso el payaso.

—En ese caso—añadió el lacayito,—hará usted el favor de entrar en ese coche porque mi señora desea conocerle á usted....

Won-Wall no se hizo repetir la invitación y subió al vehículo, en donde hubo de encontrarse con una inglesa joven que, después de felicitarle calorosamente por sus ejercicios gimnásticos, le invitó á cenar. De pronto el afortunado *clow*, que parecía satisfechísimo

de la aventura, metió la mano en uno de los bolsillos de su gabán, exclamando:

—¡Ah, señora!.... Será preciso que vuestro cochero nos lleve otra vez al Circo, porque he cometido la imperdonable distracción de dejarme la cartera.... Aquí sólo llevo unos *luises*....

—¡Oh, no se apure usted!—exclamó la joven sonriendo;—si usted no lleva dinero, lo llevo yo para los dos....—Y le ofreció un portamonedas que el ladino payaso aceptó sin ambages. Por la muestra se comprenderá fácilmente que el difunto Won-Wall era un hombre de recursos.

Won-Wall ha muerto en la miseria. Retirado de los circos á consecuencia de un reblandecimiento medular, legado nefando, tal vez, de sus gloriosas lides de amor, su nombre había caído en el olvido más completo. Nadie pensaba ya en él y hubiérase dicho que murió para el mundo cuando tuvo que retirarse por inútil de la arena de los circos: era como torrente seco, como sol apagado, como sepulcro sin epitafio. . . .

Hace tiempo que en todos los entierros lujosos verificados en Bruselas, se presentaba un anciano simpático, de mirada ardiente y tenaz, alto, enjuto y correctamente vestido que, alegando ser amigo íntimo del finado se introducía en el acompañamiento, llegaba al cementerio, en donde solía pronunciar algunas frases á guisa de sentida oración fúnebre, y luego se las ingeniaba de modo de quedarse á comer con la familia del muerto.

Aquel caballero tan atildado, era Won-Wall.... Viéndose inútil para el trabajo y entre las garras de la miseria, el célebre payaso ideó aquella estratagema para comer enterrando amigos á quienes no conocía.

—Los muertos no hablan,—pensaría Won-Wall,—y no pueden desmentirme....

Y guiado por las esquelas mortuorias que los periódicos insertaban, acudía á todos los entierros de aristócratas ó de burgueses en buena posición, y ante el sepulcro abierto pronunciaba esas cuatro frases hechas con que los vivos despiden á los que se van.

A Won-Wall, que empezaba á ser conocido en todos los cementerios de Bruselas, le ha perdido la amistad que necesariamente tuvo que trabar con los empleados de las funerarias y el mal estado de su ropa.

El pobre Won-Wall se defendía con el mismo traje desde hacía mucho tiempo, y al fin se vió traicionado y perdido por el desgobierno de sus botas, por la rareza de su levita y la ruina que á tiro de ballesta pregonaban el poco pelo y las vetas rojizas de su sombrero de copa alta....

¿Quién podía ser aquel individuo, amigo inconsolable de todos los muertos, que sólo aparecía en los entierros como símbolo viviente del dolor?....

Ultimamente, estando en el cementerio disponiéndose á pronunciar la oración fúnebre de rúbrica, Won-Wall, que no había probado bocado desde hacía muchas horas y que aún se conservaba en pie por un alarde inconcebible de su enérgica voluntad, extendió los brazos y cayó al suelo, sin conocimiento.

Todos acudieron á favorecerle, le desnudaron, con lo cual pudieron comprobar su carencia absoluta de ropas interiores; los médicos certificaron que aquel individuo moría de inanición, y como el desgraciado carecía de hogar y de familia, fué llevado al Hospital, en donde murió.

Entonces se supo quién era aquel cortés *descamisado* amigo de todos los aristócratas muertos. ¡Era Won-Wall!....

....Hay algo extraño y tristemente cómico en el

fin de un payaso que, después de haber oficiado durante toda su vida de pontífice de la risa, se convirtió en una especie de lacayuelo de la muerte, acudiendo á llorar sobre la tumba de aquellos mismos contemporáneos á quienes tanto hizo reír.

París, 18 Diciembre.

UN BOULEVARDIER

Cuentos ajenos

EL PEOR SUPLICIO

Satanás estaba desesperado. El alma de un hombre horriblemente criminal había llegado al Infierno, y el mismo Satanás no hallaba ningún tormento bastante grande para castigarla.

No, no lo había en aquella espantosa mansión. Las calderas de plomo derretido, las horquillas puestas al rojo blanco, los lechos de agujas, las cubas llenas de víboras, todos eran castigos suaves para aquella alma perversa.

Pero, ¿qué horrendo crimen había cometido en vida aquel hombre? ¿Había sido un rey sanguinario, un traidor á su padre, un seductor de doncellas; ó, lo que aún es peor, odiaba la música ó detestaba el perfume de las flores?... No se sabía: lo cierto es que era un criminal inconcebible.

Satanás permanecía perplejo, recelando que el bondadoso Dios le tildase de tímido y negligente: hasta los serafines inspectores de los suplicios infernales, proponían su destitución. El Diablo leyó nuevamente el poema del Dante Alighieri y el de Alejandro Soumet.... Nada, aquellos tormentos eran dulcísimos.... Ser enterrado vivo en la nieve, nadar en un lago de sangre, recorrer uno por uno todos los crímenes posibles, ver la madre al hijo de sus entrañas arrugado, seco, raquítico, revegado en medio de su niñez.... ¡Cá! Decididamente, todo ello era menos que nada. ¿Qué hacer?...—Señor....—dijo una voz que salía de una cuba ardiendo; la voz de un poeta que expiaba en el fuego su afán de cantar el oro de unos cabellos y la nieve de un pecho.

—¿Quién me llama?—preguntó el Diablo.

—Yo—contestó el poeta;—yo, que os sacaré de este apuro si me concedéis un momento de descanso.

—Está bien; habla.

—Señor, hay en la Tierra, entre los floridos laureles de un balcón, una joven, rubia, de ojos azules, que sueña mientras hojea un libro que tiene en la mano sin leerle. Id á verla, y ella os enseñará un nuevo suplicio, el más horrible de todos.

¿Sería cierto?...—

Satanás se decidió á subir á la Tierra. Abrió sus negras alas, atravesó los espacios tenebrosos y, cerriéndose en el azul brillante, orientó su vuelo al florido balcón donde la joven rubia soñaba entre los laureles con un libro en las rodillas....

¡Oh! No, no era posible; el poeta se había burlado de él: aquella niña gentil no podía concebir ningún pensamiento malo. No, mil veces nó.

Debajo de aquellos cabellos de oro, ténues como hilillos de vaporoso nimbo, brillaban con infinita dulzura sus ojos azules, más limpios que las ondas de los lagos vírgenes; en la nieve de su frente, tan incomparablemente blanca como el candor de sus ensueños; en su diminuta boca, apenas entreabierta; en el hechizo de su graciosa figura y en el aire de colegiala á quien nada turba aún, había esa ingenuidad encantadora que de todo se asombra sin maliciar la existencia del

mal, y que lloraría si viese una hormiga aplastada en la arena del jardín.

Satanás, pesaroso de haber realizado un viaje tan inútil, pensó retirarse después de revelar á la joven el objeto de su visita. La niña abrió sus grandes ojos azules, y, deteniéndole con la mirada, dijo:

—¿Un tormento más horrible que todos los del Infierno?... Pues bien; os lo voy á descubrir.

—¿Cómo! ¿Conoces un suplicio?...—

—Sí, un suplicio espantoso.

—¿Y sin fin?—añadió el Diablo.

—Sí, infinito.... porque queda el recuerdo. Escuchad—dijo la niña siguiendo con la mirada el vuelo de una blanca mariposa.—Conducid aquí al culpable: aquí, entre estas flores, yo le enseñaré la labor que bordo, el libro de cuentos de hadas donde leo. Pues bien; yo no le miraré, no le sonreiré, y cuando me pida el beso que palpita en mis labios....

—¡Sí, entonces!....

—Entonces.... Se lo negaré—murmuró la joven con voz dulcísima que hizo estremecer de gozo á las flores del balcón.

Catalo MENDES



La Nochebuena en el teatro

(DIÁLOGOS)

(Personajes (1): Arturito.—Juanito.—Mozo y criados (2).)

(Diálogo primero:—A prima noche. En casa de Arturito.)

ARTURITO.—¿Sales esta noche?

JUANITO.—No tengo otro remedio. ¿Y tú?

J.—Sí; la marquesa me ha rogado que no falte.

¿Y tú?

A.—Los duques se enojarían si yo no asistiese.

J.—¡Qué aburrimiento!

A.—¡Qué fastidio! ¿A qué hora cenas?

(1) Que no son personajes y apenas si llegan á personas.

(2) Que no hablan ni falta que hace.

J.—Pues, á las doce. ¿Y tú?

A.—A la misma.

J.—¿Y qué hace uno hasta esa hora?

A.—Iré al teatro; en algo se ha de pasar la noche. Además, ya sabes que necesito ver á Pepa.

J.—Eso haré yo. Veré de matar el tiempo charlando con Carmen.

A.—Por de contado que hoy aquello estará inaguantable; honrados burgueses y respetables horteras ocuparán palcos y butacas, y no tendrá uno con quien hablar durante la representación; porque esas gentes, si no van y oyen toda la comedia, se aburren.

J.—Es claro; para esos es la Nochebuena. A bien que yo no pienso salir del cuarto de Carmen.

A.—Aquello estará más animado. A esos teatritos de hora va siempre gente de buen humor y aficionada al mujerío.... Si no hubiese prometido á Pepa una visita, me iba contigo. Pero ni aún eso. Ahora á vestirse y hasta la madrugada.

J.—Lo mismo digo. Que te diviertas mucho y cenes bien. Hasta mañana. (*Vase.*)

(*Arturito acompaña á Juanito hasta la puerta y se sonríe maliciosamente al despedirle. Después llama á Pedro (criado) y le dice que está convidado á cenar y que necesita vestirse; Pedro se ha presentado y desaparece por el foro.*)

(CAE EL TELÓN)

ENTREACTO

(No sé si sería más propio decir *entrecuadros* ó *intermedios*; pero lo más interesante—dado que en esto haya algo interesante—es que el lector se haga cargo. Por supuesto, ni Arturito está convidado á cenar con los duques; ni la marquesa ha rogado á Juanito que no falte; ni hay tal marquesa, ni hay tales duques, ni tales cenas, ni tales carneros. Pero como eso de estar convidado en Nochebuena, *viste mucho*, Arturito y Juanito, dos desdichados cursis, *águilas* en el Real, *tifus* en la Comedia, necios en todas partes, van á ostentar su frac flamante, su pechera lustrosa y su corbata blanca, por todos los círculos y semicírculos en que les toleran, para que el público se entere de que ellos se hombrean con la aristocracia que da de cenar.)

CUADRO SEGUNDO.

(*A última hora.—En el Inglés.*)

ARTURITO.—Mozo, mozo; un bol de café con leche, bizcochos. (*El mozo sirve y se aleja.*)

JUANITO.—Mozo, chocolate con picatostes. (*El mozo sirve y se retira.*)

A.—¿Tú por aquí?

J.—¿Cómo es esto?

A.—¡Psch! En el teatro me he aburrido tanto, que no he querido ir á.... ¿Pero, y tú?

J.—La marquesa ha recibido hoy malas noticias de su madre, y ha suspendido la cena preparada. En casa tendré el aviso que ha pasado á sus invitados; pero como yo salí temprano, no lo he recibido.

A.—Pero, al menos, te habrás divertido en el teatro.

J.—¿Qué había de divertirme? Si aquello tenía más trazas de cementerio que de teatro.

A.—¿Y tu Carmencita?

J.—No me hables de mi Carmencita. ¡Contento estoy con ella! Pretextando que tenía precisión y deseos de cenar con su familia, ha conseguido (porque ella hace lo que quiere del director) que fuesen las primeras las dos piezas en que ella trabajaba, y á las diez cáta la fuera del teatro.... figúrate tú; yo, que había ido solamente con el propósito de pasar la noche en su cuarto.... Te digo que me he puesto de un humor....

A.—¿Y no te invitaron á cenar?

J.—Qué, si son todos muy desatentos y muy.... ¿querrás creer que una caterva de mozallones, primos, tíos y parientes de Carmen, invadieron el cuarto alborotando, y ni me saludaron siquiera, cuanto ni más convidarme? Verdad es que yo había empezado por decir á Carmen que cenaba con la marquesa.

A.—Eso la disgustaría; es claro.

J.—No me parece que la hizo buen efecto; una tontería, por de contado, porque ya ves, los que vivimos en cierto mundo, tenemos compromisos.

A.—Y cuando esa caterva de parientes se llevó á la diva, ¿qué hiciste? ¿Por qué no procuraste distraerte?

J.—Lo intenté; pero más me habría valido no haberlo intentado. Aquel no era el teatro de otras noches. Solamente tropecé con puertas cerradas ó con caras tristes; en todas partes el deseo de acabar pronto; de vestirse deprisa y de largarse cuanto antes. Detrás de unas puertas cerradas percibía yo, nó,

«rumor de besos y batir de alas....»

que dicen los poetas, si no ruidos de vasos que se chocaban, de botellas que algunos descorchaban entre risas y palmoteos escandalosos. En los cuartos, cuyas puertas estaban abiertas, solamente vi caras tristes, semblantes taciturnos, y hasta ¿lo creerás? Ojos llorosos. ¡Valiente Nochebuena! Si lo que sucede en el teatro no sucede en ninguna parte. Del público no hablemos: un par de docenas de borrachos que habían ido allí á terminar la cena, y que entre grito y grito empujaban la bota ó soltaban algún villancico. ¿Y tú? De seguro te has divertido más que yo.

A.—No, amigo de mi alma, no; me he aburrido lo mismo que tú; estoy por decir: más que tú.

J.—¿Y Pepa?

A.—Pepa no ha ido al teatro. Al menos tu Carmen ha trabajado en dos piezas. Pepita envió recado de que estaba mala, y ha sido preciso variar la función á última hora.

J.—Es posible que esté de veras mala.

A.—Pepita no está mala nunca. Es que no la ha dado la gana de trabajar, y como el empresario.... y ella....

J.—Ya.

A.—Pues, por eso. A mí, después de todo, lo de Pepa me habría importado poco; pensaba haberla saludado, y nada más; pero, chico, si en el teatro no podíamos parar de frío. En las butacas, desperdigados, y como huídos los unos de los otros estaban hasta diez ó doce concurrentes, muy embozados en sus capas; aquello parecía una estepa. De los rarísimos espectadores que había, unos dormían, otros hablaban en voz alta y los demás leían periódicos. El escaso público no hacía caso alguno de los actores; los actores tampoco le hacían del público. Notábase en unos y en otros deseos de que terminase pronto aquello y de que pasase la noche. Solamente había alguna animación en los palcos; pero, ¡ay, Dios mío! ¡Qué palcos aquellos! Los miré uno por uno con mis gemelos, y no hallé ni una cara conocida; ni una persona á quien saludar. Ni Belica Santurce, ni las de Santonto, ni las de Villarrrejilla, ni las de Aguafuerte....; nadie, nadie. Es seguro que las gentes de buen tono habían obsequiado con los palcos á su servidumbre, y allí estaban con la boca abierta muchachas plebeyas y mujeres gordas.... y hombres imposibles. ¡La *debale!* vamos, ¡la *debale!* No; y mira, entre las muchachas las había pasaderas, y algo más que pasaderas; pero, hijo, ¡qué trajes! y ¡qué tocados! y ¡qué falta de *chic* en todo! Buena gente; todo les parecía de perlas; y unas veces lloraban á moco tendido, y otras reían escandalosamente sin pizca de *pschut*, ni nada. No olvidaré nunca esta noche. Tal me ha puesto, que envié recado á los duques y me vine á tomar café.

(*Prosiguen hablando en voz baja y cae el telón.*)

(FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ÚLTIMO)

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL REGALO DEL OBISPO

Allá en un pueblecito
de Andalucía,
donde el aire es más puro
y el sol más claro,
y respiran los hombres
altanería,
y tienen las mujeres
gracia y descaro,
se crían unas hembras
esculturales,
de mucho empuje y guapas
como ellas solas,
aunque todo está dicho
sin más señales
que decir que las chicas
son españolas.
Son muy revoltosillas
las condenadas,
como quien tiene sangre
joven y ardiente,
pero tan virtuosas
y recatadas,
que se pasma y admira
toda la gente.
Van allá de los pueblos
circunvecinos
á millares los mozos
enamorados,
pero al cabo se tornan
más que mohinos
y sin lograr sus fines
empecatados.
Y así pasan la vida
las aldeanas
del bello pueblecito
de Andalucía,
las más garridas mozas
y más galanas
que han besado los aires
del Mediodía:
ariscas y cerriles
como las fieras
contra las asechanzas
de los malvados,
y cobrando la fama
de milagreras

que no tuvieron muchos
canonizados.

Enterado el obispo
por el vicario
de las altas virtudes
de aquellas gentes,
quiso un regalo hacerles
extraordinario,
premiando cualidades
tan eminentes:
y un Cristo, obra de arte
de bella hechura,
que guardaba en su alcoba
cual joya rara,
les mandó cariñoso
con el buen cura,
para que allá en la iglesia
se colocara.
Y era lo más precioso
de obra tan linda
que, al mirar una joven,
si no era pura,
se ponía encarnado
como una guinda
el demacrado rostro
de la escultura.

Se llevó el buen vicario
su Santo Cristo,
adornólo con suma
magnificencia,
y esperó muy contento
darse el gran pisto
con el gentil presente
de su Excelencia.

Pero al saber las mozas
las impresiones
que reflejaba el rostro
de la escultura,
¡ya no oyeron más misas
ni más sermones,
apesar de los ruegos
del señor cura!...

—Dime, papá, ¿los osos, son fieras?
—Sí, hijo mío.
—Entonces, ¿cómo anda suelto el novio de mi hermana?



Un marido celoso descubre un paquete de cartas dirigidas á su mujer. En ellas hablaba su autor de pasiones voraces, de citas inolvidables....

—¡Miserable, miserable!
—rugía el esposo ultrajado.

—No te exaltes—exclamó su mujer;—yo no te he ofendido.

—¿Y estos papeles, infame?

—Son.... ¡de cuando era soltera!

Tú eres lo mismo que el aire,
que en todas partes está;
tu marido como el toro,
que adonde le llaman va.

—¿Porque un beso me diste
riñe tu madre?...
Toma, niña, tu beso,
dila que calle.

Cuatro seductores de profesión están asomados en el balcón de un Casino.

El primero exclama:—¡Miren ustedes quién va por allí.

El segundo:—Cada día me parece más hermosa.

El tercero:—Es una mujer admirablemente formada.

El cuarto:—¡Oh! En eso hemos convenido todos.

Se conocieron en los salones
de la duquesa N. de tal;
luego bailaron tres rigodones
y un vals pausado, sentimental.
El es un guapo mozo agregado
á una embajada.... no sé cuál es:
de buena estampa, bien educado,
que habla el sanscrito y el portugués.

Ella es un angel, por su hermosura,
y la heredera de un fortanón;
dulce, sensible, cándida y pura...
¡Una muchacha de corazón!

Lo que la dijo, no se ha sabido,
pero la niña, ciega por él,
dijo:—Me caso.—Fué su marido....
pero su luna no fué de miel.

Porque en la noche que se casaron
salieron ambos para Lyon,
y al otro día, cuando llegaron,
ocurrió un lance de sensación.

Ello es que afirman que él la decía:

—Es un engaño. ¡Eso, jamás!
Y ella, llorando, le respondía:

—Ya soy tu esposa, ¿qué quieres más?....

Y si era un angel por su hermosura,
y la heredera de un fortanón,
dulce, sensible, cándida y pura....
¿qué más quería aquel.... bribón?

Mi amigo don Alejo,
prefiere á cualquier cosa el abadejo;
y su querida esposa,
prefiere la ensalada á cualquier cosa:
así que á poca costa, el matrimonio,
se da unos atracones del demonio.

R. S. LÓPEZ, IMPRESOR.



Un perfumista francés, muy inteligente y muy conocido entre la sociedad galante de París, ha inventado un aparato para agrandar ó modificar la forma de los pechos femeninos. Se reduce á un tubo cónico de cristal, dentro del cual se practica el vacío después de ajustarlo convenientemente á la piel. Esto produce una hinchazón instantánea en todos los tegidos de la glándula mamaria, que crece y se redondea en poco tiempo, adquiriendo líneas de impecable belleza que pueden variar á gusto de la interesada.... ó del interesado.

¡Admirable!

—Tengo esa fatalidad—decía Carmen á una amiga;
—rara es la noche en que no sueño á voces.

—Pues ten mucho cuidado.

—¿Por qué?

—Porque tu marido es muy celoso y si oyese....

—Ya he pensado en ello, pero no hay peligro: los dos tienen el mismo nombre.

NOCHE MALA

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos, en compañía.

CAMPOAMOR



AGENCIA DE ADUANAS

DE LA

VIUDA DE ORFILA, CERT, CREUS Y DOMENECH

SOCIEDAD EN COMANDITA

Teléfono 966.-Parque, 3.-Barcelona

Transportes marítimos y terrestres

Agentes de los vapores Tintoré y Compañía
Y DE LA

COMPAÑÍA HISPANO-ARDELINA

RAIMUNDI Y COMP.^A

ARIBAU, 24.-GRACIA

Esta casa se encarga de la ilustración de toda clase de obras, revistas y periódicos.

• Zincografías • fotograbados • autotipias •

Enfermedades secretas y herpes

Su curación es pronta, segura y radical por crónica que sea la enfermedad, con un tratamiento inofensivo y eficaz.

Dirigirse: Aribau, 12, farmacia. Barcelona.

JOB Pedid el papel JOB

Es el mejor y el más higiénico

DEPÓSITO: Rambla Canaletas, 5, 1.º, 1.ª. Barcelona.

FUERA SÁNDALO

El antiguo MATA-FLUJOS PARA-

DELL al copaibato cálcico, cura en ambos sexos los flujos secretos. Recientes en 15 días con el Mataflujos núm. 1 Crónicos y gota militar en 48 horas con el número 2, sin quedar la molesta gota que deja el sándalo y flujo blanco en la mujer (con ó sin dolor de cor) en 15 días con el Mataflujos núm. 3. Cortes (Granvia), 151, farmacia de dos puertas y Rambla de las Flores, 4. Centro de especialidades.

Chocolate JUNCOSA

FERNANDO VII, NÚM. 10.-BARCELONA

→ Exportación a provincias y Ultramar ←

PEDID EL CATÁLOGO DE NUESTROS LIBROS FESTIVOS